

NAVIDAD: NOS NACE LA PALABRA QUE ILUMINA

*“... por nosotros, los hombres,
y por nuestra salvación bajó del cielo,
y por obra del Espíritu Santo
se Encarnó de María, la Virgen,
y se hizo Hombre...”*

Queridos diocesanos:

Recordando estas Verdades de Fe que continuamente profesamos con el Credo, y que nos traen a la memoria el prologo del Evangelio de San Juan, quiero desearos de corazón una feliz y santa Navidad a todos vosotros: sacerdotes, religiosos miembros de institutos de vida consagrada, seminaristas, fieles laicos y personas de buena voluntad. Deseo que sintáis la cercanía y el calor de vuestro Obispo en estas entrañables fiestas cristianas.

Bien sabemos que la Navidad fascina más que otras grandes fiestas de la Iglesia. Fascina y asombra porque todos intuyen que el Nacimiento de Jesús tiene que ver con las aspiraciones y anhelos más profundos del ser humano. Quizá el consumismo puede distraernos de esta nostalgia interior, pero si en nuestro corazón tenemos el deseo de acoger a ese Niño que trae la novedad y la *Gran Palabra* de Dios, que viene para darnos la vida en plenitud, las luces y los adornos pueden convertirse en un reflejo de la Luz encendida en el mundo con la encarnación de Dios.

En las celebraciones litúrgicas de este tiempo, viviremos de modo misterioso, pero real, la entrada del Hijo de Dios en el mundo y nos iluminará un año más la luz de su resplandor. Toda celebración sacramental es presencia actual del Misterio de Cristo y en ella se prolonga la historia de la salvación. Refiriéndose a esto y con respecto a la Navidad, el Papa san León Magno afirma: *“Aunque ahora la sucesión de las acciones corpóreas haya pasado, como fue establecido anticipadamente en el designio eterno..., nosotros adoramos continuamente el mismo parto de la Virgen que produce nuestra salvación”* (Sermón sobre la Navidad del Señor 29, 2), y precisa: *“porque ese día no ha pasado de tal modo que haya pasado también el poder de la obra que se reveló entonces”* (Sermón sobre la Epifanía 36, 1). Celebrar los acontecimientos de la Encarnación no es un simple recuerdo del pasado, sino que es hacer presentes los Misterios portadores de vida, revelación y salvación. En la liturgia y en la celebración de los sacramentos, esos Misterios se hacen actuales de tal modo que llegan a ser eficaces para nosotros. San León Magno afirma también: *“Todo lo que el Hijo de Dios hizo y enseñó para reconciliar al mundo no lo conocemos sólo en el relato de acciones realizadas en el pasado, sino que estamos bajo el efecto del dinamismo de esas acciones presentes”* (Sermón 52, 1).

Gracias a la acción del Espíritu Santo, la obra de la salvación realizada por Cristo se continúa en la Iglesia por la celebración de los Santos Misterios. A partir de la Encarnación sucede algo conmovedor: el contacto salvífico con Dios se transforma totalmente, y la carne se convierte en el instrumento de la salvación: *“el Verbo se hizo Carne”*, escribe san Juan, y Tertuliano, afirma: *“la Carne es el quicio de la salvación”* (*De carnis resurrectione*, 8, 3: pl 2, 806).

La Navidad es la primicia del Sacramento Pascual. Es el inicio del Misterio central de la salvación que culmina en la Pasión, Muerte y Resurrección, porque Jesús comienza a ofrecerse a sí mismo por amor desde el primer instante de su existencia humana en el seno de María. La noche de Navidad, por tanto, está íntimamente vinculada a la gran Vigilia Pascual en la que se consuma la Redención. Encarnación y Pascua son dos puntos inseparables de la única fe en Jesucristo encarnado y redentor. El Hijo de Dios se hizo Carne, por ello, la Muerte y la Resurrección de Jesús son acontecimientos que nos resultan contemporáneos y nos incumben. Tales acontecimientos nos arrancan de la oscuridad de la muerte y nos abren al luminoso futuro en el que la existencia terrena y peregrina entrará en la eternidad de Dios. Desde esta perspectiva del Misterio de Cristo, la visita al belén orienta a la visita a la Eucaristía donde encontramos presente de modo real y glorioso a Cristo vivo.

La manifestación de Dios en la carne es el acontecimiento que ha revelado la Verdad en la historia. Verdaderamente el Señor aparece como luz sin ocaso en el horizonte de la historia. Eso nos recuerda que no se trata sólo de una idea sino de una realidad para nosotros los hombres. Hoy, como entonces, Dios se revela en la carne en el *cuerpo vivo* de la Iglesia peregrina y en los sacramentos nos regala la salvación.

La celebración de la Navidad no sólo nos propone ejemplos a imitar, como la humildad y la pobreza del Señor, su benevolencia y amor a los hombres; sino que también nos invita a dejarnos transformar por aquel que ha entrado en nuestra historia. De nuevo San León Magno exclama *“El Hijo de Dios... se ha unido a nosotros y nos ha unido a Él de tal modo que el rebajarse de Dios a la condición humana se convierte en un elevarse del hombre a las alturas de Dios”* (*Sermón sobre el Nacimiento del Señor* 27, 2). La manifestación de Dios tiene como fin nuestra participación en la vida divina y la realización en nosotros del Misterio de su Encarnación. Ese Misterio es el cumplimiento de la vocación del hombre y por esa razón San León Magno explica también la importancia concreta y siempre actual para la vida de fe del Misterio de la Navidad: *“Reconoce, cristiano, tu dignidad, y, hecho partícipe de la naturaleza divina, cuida de no recaer, con una conducta indigna, de esa grandeza en la primitiva bajeza”* (*Sermón 1 sobre el Nacimiento del Señor*, 3).

Queridos diocesanos, vivamos este tiempo de Navidad con intensidad. Después de adorar al Hijo de Dios hecho hombre y recostado en un pesebre, estamos llamados a acercarnos al altar del sacrificio, donde Cristo, Pan vivo bajado del cielo, se nos ofrece como verdadero alimento para la vida eterna. Y lo que hemos visto con nuestros ojos en la mesa de la Palabra y del Pan de vida, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos, o sea el Verbo hecho Carne, anunciémoslo con alegría al mundo y testimoniémoslo generosamente con toda nuestra vida.

¡Feliz Navidad para todos! Os felicito a vosotros niños, que sois la hermosa y viva imagen del Niño Jesús, el Emmanuel. Os felicito a vosotros sacerdotes, representación viva de Cristo Cabeza y Pastor de la Iglesia y que trabajáis día tras día en la viña del Señor. Os felicito a vosotros seminaristas que os preparáis para ser la voz del Verbo Encarnado. Os felicito a vosotros religiosos y miembros de institutos de vida consagrada, que seguís a Cristo a través de los Consejos Evangélicos y estáis llamados a transfigurar el mundo según el espíritu de las bienaventuranzas. Os felicito a vosotros mayores y ancianos, que poseéis la sabiduría de la vida; de vosotros hemos aprendido a celebrar el Misterio de la Navidad con un corazón generoso y confiado en Dios. Os felicito a vosotras familias, que sois "Iglesia doméstica", santuario de la vida y esperanza de la sociedad. Especialmente tengo presentes a las familias que más sufren las consecuencias de la grave crisis económica. Os felicito a vosotros enfermos, inmigrantes y encarcelados, sois la imagen viviente de Cristo y espero que todos los cristianos sepamos mostraros nuestro apoyo, cercanía, solidaridad y amor. Os felicito a vosotros jóvenes, centinelas del mañana, teniendo en el recuerdo la Jornada Mundial de la Juventud os invito a permanecer arraigados en Cristo y firmes en la fe. A Todos os animo a transmitir la cultura y la civilización de la paz, de la vida, del amor y de la solidaridad.

Que el Señor del tiempo y de la historia guíe nuestros pasos por el camino del bien y conceda a cada uno abundancia de gracia y prosperidad.

¡Feliz Navidad y Año Nuevo!

Con mi afecto y bendición



Luis Quintero Fiuza
†Luis Quintero Fiuza
Obispo de Tui-Vigo